

LOUISE PENNY
ENTERRAD
A LOS MUERTOS



Contenido

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Veintidós](#)

[Veintitrés](#)

[Veinticuatro](#)

[Veinticinco](#)

[Veintiséis](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

*Este libro está dedicado a las
segundas oportunidades:
a quienes las dan
y a quienes las reciben*

UNO

Se apresuraron escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos y tratando de no hacer ruido. Gamache se esforzó por respirar con normalidad, como si estuviera en el sofá de su casa sin la menor preocupación.

—¿Señor? —dijo una voz joven por los auriculares de Gamache.

—Confía en mí, hijo. No va a pasarte nada.

Tenía la esperanza de que el joven agente no detectase tensión en su voz, el tono monótono con que el inspector jefe trataba de transmitir autoridad y seguridad.

—Le creo.

Llegaron al rellano y el inspector Beauvoir se detuvo y miró a su jefe. Gamache consultó el reloj.

Cuarenta y siete segundos.

Aún quedaba tiempo.

Por los auriculares, el agente le hablaba de la luz del sol, de lo bien que le sentaba notar los rayos en la cara.

El resto de la unidad llegó al rellano equipado con los chalecos tácticos, los rifles automáticos a punto y la mirada atenta. Clavada en el jefe. Junto a él, el inspector Beauvoir también aguardaba su decisión: ¿por qué lado? Estaban cerca. A tan sólo unos metros de su objetivo.

Gamache contempló uno de los dos pasillos oscuros y lóbregos de la fábrica abandonada. Después el otro.

Parecían idénticos. La luz se abría paso a duras penas por los cristales rotos de las ventanas mugrientas que rodeaban las diferentes salas; con ella entraba aquella mañana de diciembre.

Cuarenta y tres segundos.

Señaló hacia la izquierda con convicción y todos echaron

a correr en silencio en dirección a la puerta del fondo. Mientras avanzaba, Gamache agarró bien el rifle y habló con calma por el micro.

—No hay de qué preocuparse.

—Quedan cuarenta segundos, señor.

Cada palabra, una exhalación, como si al hombre con quien hablaba le faltase el aliento.

—Escúchame —dijo Gamache, al tiempo que señalaba una puerta con vehemencia.

El equipo se abalanzó hacia ella.

Treinta y seis segundos.

—No voy a permitir que te ocurra nada —insistió Gamache. Hablaba convencido, imponente, retando al joven agente a llevarle la contraria—. Esta noche cenas en casa con tu familia.

—Sí, señor.

La unidad táctica formó alrededor de la puerta cerrada y el sucio cristal esmerilado. Dentro no se veía luz.

Gamache hizo una pausa con la mirada fija en la puerta y la mano en alto, listo para dar la señal de derribarla. De rescatar a su agente.

Veintinueve segundos.

A su lado, Beauvoir estaba tenso, esperando la orden.

Demasiado tarde, el inspector jefe Gamache se dio cuenta de que había cometido un error.

—Dale tiempo, Armand.

—*Avec le temps?*

Gamache le devolvió la sonrisa al anciano y apretó el puño derecho para controlar el temblor. Aunque era tan leve que estaba seguro de que la camarera de aquella cafetería de la ciudad de Quebec no lo había notado. Los dos estudiantes que tecleaban en sus ordenadores portátiles tampoco iban a darse cuenta. Nadie se fijaría.

Salvo alguien muy cercano.

Miró a Émile Comeau, que partía un *croissant* crujiente con mano firme. El mentor y antiguo superior de Gamache

estaba a punto de cumplir los ochenta. Tenía el pelo cano y bien peinado, y sus ojos, a través de las gafas, eran de un intenso color azul. Incluso a su edad estaba delgado y lleno de energía, aunque cada vez que Armand Gamache lo visitaba le notaba el rostro un poco menos terso, los movimientos ligeramente más lentos.

Avec le temps.

Viudo desde hacía cinco años, Émile Comeau conocía bien el poder y el peso del tiempo.

Reine-Marie, la esposa de Gamache, se había marchado al amanecer tras pasar una semana con ellos en la casa de piedra de Émile, en el casco antiguo amurallado de Quebec. Cenas tranquilas en buena compañía, frente al fuego; paseos por las estrechas callejuelas cubiertas de nieve. Conversaciones. Silencios. Habían leído los periódicos y comentado los acontecimientos. Los tres juntos. Cuatro, si contaban a *Henri*, su pastor alemán.

Y casi todos los días Gamache había ido a leer solo a la biblioteca del barrio.

Émile y Reine-Marie le concedían esa licencia, conscientes de que en aquel momento necesitaba compañía, pero también estar a solas.

A Reine-Marie le había llegado el momento de partir y, después de despedirse de Émile, se volvió hacia su marido. Alto, robusto, un hombre que prefería un buen libro y un largo paseo a cualquier otra cosa. A los cincuenta y tantos, parecía más un distinguido profesor que el jefe de la división de Homicidios más prestigiosa de Canadá: la de la *Sûreté du Québec*. La acompañó al coche y retiró la escarcha del parabrisas.

—Sabes que no hace falta que te vayas, ¿verdad? —le dijo con una sonrisa.

El día, recién nacido, aún era frágil. *Henri* se sentó en un montón de nieve y los observó.

—Sí, pero Émile y tú necesitáis pasar tiempo juntos. He visto cómo os mirabais.

—¿Tanto se nos nota el anhelo? —El inspector jefe rió—. Creía que estábamos siendo discretos.

—A las esposas no se nos escapa nada.

Sonrió y lo miró a los ojos. Los tenía de un intenso color castaño. Gamache llevaba un sombrero que no le ocultaba las canas por completo y que, justo en el borde, donde acababa la tela, le rizaba un poco el pelo. También llevaba barba. Poco a poco iba acostumbrándose a verlo con ella. Durante muchos años había llevado bigote, pero desde que ocurrió aquello, también se había dejado crecer una barba corta.

Esperó un momento. ¿Debería decírselo? La idea le rondaba la cabeza casi siempre; tenía las palabras en la punta de la lengua. Pero las que ella conocía eran inútiles, si puede afirmarse eso de una palabra. En cualquier caso, sabía que no le iban a servir para forzar lo que tenía que ocurrir. De lo contrario, lo arroparía con palabras, lo revestiría con ellas.

—Ven a casa cuando puedas —prefirió decir con voz alegre.

Él le dio un beso.

—Sí, no te preocupes. Dentro de unos días, una semana como mucho. Llámame cuando llegues.

—*D'accord.*

Y se subió al coche.

—*Je t'aime* —dijo él, y metió la mano enguantada por la ventanilla para tocarle el hombro.

«¡Ve con cuidado! —gritaba ella en silencio—, mantente a salvo. Ven a casa conmigo. Ten cuidado, ten cuidado, ten cuidado.»

Sin quitarse el guante, Reine-Marie posó la suya sobre la de él.

—*Je t'aime.*

Y al partir hacia Montreal lo vio por el retrovisor, plantado en mitad de la calle, al amanecer, con *Henri* a su lado, como de costumbre. Los dos la siguieron con la mirada hasta que desapareció.

El inspector jefe permaneció allí incluso después de que el coche doblase la esquina. Al final cogió una pala y, poco a poco, fue retirando la nieve esponjosa que se había acu-

mulado en los escalones de la entrada durante la noche. Paró a descansar un momento y, con los brazos cruzados sobre el mango de la pala, contempló maravillado la belleza de la nieve fresca acariciada por los primeros rayos de sol. Más que blanca, parecía de color azul pálido y, aquí y allá, donde se acumulaban los copos arremolinados por el viento, refulgía como diminutos prismas que atrapaban la luz, la reinventaban y la devolvían. Como un organismo vivo y eufórico.

La vida en la vieja ciudad amurallada era amable y a la vez dinámica, antigua pero excitante.

El inspector jefe cogió un puñado de nieve y la aplastó para formar una bola. *Henri* se levantó al instante y empezó a mover la cola con tal entusiasmo que meneaba hasta los cuartos traseros. Sin apartar la vista de la esfera.

Gamache la lanzó al aire, el perro dio un brinco, cerró las fauces a su alrededor y masticó. Mientras aterrizaba, *Henri* se sorprendió una vez más de que aquella cosa que parecía tan sólida hubiese desaparecido.

Se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

Pero la próxima vez sería distinto.

Gamache se echó a reír. Tal vez tuviese razón.

Justo entonces, *Émile* salió por la puerta envuelto en un inmenso abrigo para protegerse del penetrante frío de febrero.

—¿Listo?

El anciano se encasquetó un gorro de lana y se lo caló hasta las cejas para que le tapase las orejas y la frente; después se puso un par de manoplas gruesas como guantes de boxeo.

—¿Para qué? ¿Para soportar un asedio?

—Para ir a desayunar, *mon vieux*. Venga, a ver si llegamos antes de que alguien se lleve el último *croissant*.

Sabía cómo motivar a su antiguo subordinado. *Émile* enfiló la calle nevada casi sin esperar a que Gamache dejara la pala en su sitio. A su alrededor, los residentes de la ciudad de Quebec iban despertándose. Salían a la joven luz de la mañana para apartar la nieve o rascar el hielo de los co-

ches, para ir a la *boulangerie* a buscar el pan y a tomar el café de la mañana.

Los dos bajaron por la rue St-Jean con Henri y pasaron por delante de los restaurantes y las tiendas para turistas hasta llegar a una calleja llamada rue Couillard, donde estaba Chez Temporel.

Hacía quince años que iban allí, desde que el superintendente Émile Comeau se había mudado a la vieja Quebec después de jubilarse. Gamache iba a visitarlo, a pasar tiempo con su mentor, y a ayudarlo con las tareas que iban acumulándose: retirar la nieve, apilar leña para la chimenea, sellar las ventanas para que no entrase la corriente. Sin embargo, aquella visita era distinta. No tenía nada que ver con las otras ocasiones en que el inspector jefe Gamache había acudido a Quebec.

Porque esa vez era él quien necesitaba ayuda.

—Bueno... —Émile se reclinó en la silla con el tazón de *café au lait* entre sus esbeltas manos—. ¿Cómo va tu investigación?

—Aún no he encontrado ninguna mención de que el capitán Cook se encontrase con Bougainville antes de la batalla de Quebec, pero fue hace doscientos cincuenta años. La documentación está repartida por todas partes y mal conservada. Aun así sé que allí hay algo —dijo Gamache—. Es una biblioteca asombrosa. Hay tomos de hace cientos de años.

Comeau miraba a su compañero mientras éste le hablaba de su exploración del fondo arcano de una pequeña biblioteca y de los detalles y chismes que estaba sacando a la luz sobre una batalla que se había librado y perdido hacía mucho tiempo. Perdido, al menos, desde su punto de vista. ¿Estaba viendo por fin un brillo nuevo en aquel par de ojos que tanto quería? Aquellos ojos en los que tan a menudo había buscado complicidad en los escenarios de los crímenes más horribles, cuando iban a la caza de asesinos. Cuando cruzaban a toda prisa bosques, pueblos y campos siguiendo pistas, pruebas y sospechas. «Hacia la titánica penumbra del abismo de los miedos», Émile recordó la cita

al pensar en aquellos tiempos. Sí, aquello lo describía con exactitud: «abismo de los miedos». Tanto suyos como de los asesinos. Gamache y él se habían sentado a la mesa en distintos lugares de toda la provincia, igual que ahora.

Sin embargo, había llegado el momento de descansar de tanto asesinato. No más muertes ni matanzas. Armand había visto demasiadas en los últimos tiempos y ahora le convenía más sumergirse en la historia, en vidas que habían transcurrido hacía mucho. Ejercicio intelectual, ni más ni menos.

Henri, tumbado a su lado, se sobresaltó y Gamache bajó la mano por instinto para acariciarle la cabeza y tranquilizarlo. Y de nuevo Émile notó el ligero temblor. En aquel momento apenas era perceptible, pero otras veces era más fuerte. Y otras desaparecía por completo. Se trataba de una señal reveladora, y Émile ya conocía la terrible historia que escondía.

Le habría gustado cogerle la mano, inmovilizársela y decirle que todo saldría bien, porque de eso estaba seguro.

Con el tiempo.

Al observar a Armand Gamache, volvió a fijarse en la cicatriz recortada que tenía en la sien izquierda y en la barba que se había dejado crecer. Para que no se quedasen mirándolo fijamente. Para que nadie reconociese al agente de policía más reconocible de Quebec.

Pero, por supuesto, eso no importaba, porque Armand Gamache no se escondía de ellos. No se escondía de la gente.

La camarera de Chez Temporel llegó con más café.

—*Merci*, Danielle —dijeron ambos.

Ella se marchó sonriendo a los dos hombres que, pese a su apariencia diferente, le resultaban muy similares.

Tomaron café y comieron *pain au chocolat* y *croissants aux amandes*, y hablaron sobre el carnaval de Quebec, que empezaba aquella misma noche. De vez en cuando se quedaban callados, viendo pasar por la gélida calle a los hombres y las mujeres que se apresuraban de camino al trabajo. Alguien había tallado un trébol en una pequeña hendidura

del centro de la mesa y Émile lo frotó con el dedo.

Mientras tanto, se preguntaba cuándo querría hablar Armand sobre lo que había sucedido.

Eran las diez y media y la reunión mensual de la junta de la Sociedad Literaria e Histórica estaba a punto de comenzar. Durante muchos años, ésta se había celebrado por la tarde, con la biblioteca ya cerrada, pero cada vez asistían menos miembros de la junta.

El presidente, Porter Wilson, había cambiado la hora. Al menos creía haberlo hecho. O, como mínimo, eso decía el acta de la reunión: que él lo había sometido a moción, aunque tuviera el vago recuerdo inconfesado de haber abogado en contra.

Y allí estaban, reunidos por la mañana, como hacían en los últimos años. Los demás miembros de la junta se habían amoldado al cambio, igual que Porter. No le había quedado más remedio, puesto que al parecer la idea la había tenido él.

Que hubieran conseguido adaptarse era un milagro. La última vez que les habían pedido que cambiaran algo, había sido el cuero desgastado de los sillones de la sociedad, y de eso hacía ya sesenta y tres años. Los socios aún recordaban a sus padres, madres y abuelos apostados a lado y lado de la línea Mason-Dixon de la tapicería. Los comentarios mordaces a puerta cerrada, hechos a la espalda, pero delante de los niños. Sesenta y tres años después, ¿quién podía olvidar esa muda artera del cuero negro viejo al nuevo cuero negro?

Al retirar su silla para presidir la mesa, Porter vio que parecía envejecida. Se sentó sin perder un instante para que nadie, y mucho menos él, notase el desgaste.

Delante de su asiento y del de todos los demás había una línea marcial hecha de montoncitos de documentos que cruzaba la mesa de madera. Obra de Elizabeth MacWhirter. Porter examinó a su compañera: sencilla, alta y delgada. Al menos había sido así cuando el mundo era jo-

ven. Ahora parecía liofilizada, como esos antiguos cadáveres que sacaban de los glaciares. Todavía reconocibles como humanos, aunque ajados y de tez grisácea. Llevaba un vestido azul y funcional, de corte excelente y, sospechaba, muy buen tejido. No en vano se trataba de una MacWhirter. Una familia venerable y acaudalada. No muy dada a exhibir fortuna, y tampoco inteligencia. Uno de sus hermanos había vendido el imperio naviero con diez años de retraso. Pero aún quedaba algo de dinero. Porter pensó que era algo aburrida pero responsable. No era una líder ni una visionaria. Ni la clase de persona que podía mantener unida una comunidad en peligro. A diferencia de él. Y su padre antes que él, y su abuelo.

La reducida comunidad inglesa que vivía dentro de las murallas de la vieja Quebec peligraba desde hacía varias décadas. Era una especie de riesgo perpetuo que a veces empeoraba y otras mejoraba, pero que nunca llegaba a desaparecer del todo. Como los ingleses.

Porter Wilson no había luchado en ninguna guerra, pues primero había sido demasiado joven y después demasiado viejo. Guerras oficiales, claro, porque tanto él como los demás miembros de la junta se sabían inmersos en una batalla constante. Una que, en secreto, sospechaba que estaban perdiendo.

Junto a la puerta, Elizabeth MacWhirter iba saludando a los compañeros de la junta a medida que llegaban y se fijaban en Porter Wilson, que ya presidía la mesa y repasaba sus notas.

Elizabeth sabía que él había alcanzado muchos logros en la vida. El coro que había organizado, el teatro de aficionados, el ala para el hogar de ancianos; todos conseguidos a base de fuerza de voluntad y personalidad. Y todos menos de lo que podrían haber sido si hubiera pedido y aceptado el consejo de los demás.

Su poderío y personalidad tenían el don de crear e inutilizar a partes iguales. ¿Cuántas cosas más habría logrado de ser una persona más considerada? Era cierto que el dinamismo y la amabilidad no solían ir de la mano, pero

cuando lo hacían eran imparables.

Y Porter no servía como ejemplo de ello. Culpa suya, sin duda. Y ahora, la única junta que lo soportaba era la de la Sociedad Literaria e Histórica. Elizabeth lo conocía desde hacía setenta años, desde que lo veía comer solo cada día en la escuela y decidió hacerle compañía. Porter supuso que su intención era hacerle la pelota a un miembro del gran clan de los Wilson y la trató con desdén.

No obstante, ella siguió haciéndole compañía. No porque le cayese bien, sino porque ya entonces era consciente de algo que él tardó décadas en descubrir: los ingleses de la ciudad de Quebec ya no eran los titanes, los buques de vapor, los elegantes transatlánticos de la sociedad y la economía.

Eran un bote salvavidas. Iban a la deriva. Y dentro de un bote no se le declara la guerra a nadie.

Elizabeth MacWhirter se había dado cuenta de eso y siempre que Porter Wilson estaba a punto de hacer que la embarcación se fuera a pique, ella los salvaba.

Lo miró y vio un hombre menudo y lleno de energía que llevaba peluquín. Tenía la parte de la cabellera que no era de importación teñida de un negro tal que los sillones lo envidiarían. Los ojos, marrones, miraban de un lado a otro con nerviosismo.

El primero en llegar fue el señor Blake. Era el miembro de la junta de mayor edad y prácticamente vivía en la sociedad. Al quitarse el abrigo, dejó ver su uniforme habitual: traje de franela gris, camisa blanca recién lavada y planchada, y corbata de seda azul. Siempre vestido de forma impecable. Un caballero que hacía que Elizabeth se sintiera joven y hermosa. Había estado enamorada de él cuando era una adolescente torpe y él un gallardo joven de veinte años.

El señor Blake era atractivo entonces y seguía siéndolo sesenta años después, aunque tuviera menos pelo y más blanco, y su cuerpo atlético se hubiese redondeado y reblandecido. No obstante, tenía una mirada astuta y alegre, y el corazón, grande y fuerte.

—Elizabeth.

El señor Blake sonrió, le cogió la mano y se la sostuvo un instante entre las suyas. No demasiado tiempo ni con demasiada confianza. Lo suficiente como para que ella notara el contacto.

El hombre se sentó en una silla. Una, pensó Elizabeth, que debería ser sustituida. Aunque, a decir verdad, el señor Blake también. Todos ellos.

¿Qué pasaría cuando todos desaparecieran y lo único que quedase de la junta de la Sociedad Literaria e Histórica fuese un montón de raídos asientos vacíos?

—Bueno, será mejor que nos demos prisa. Tenemos entreno dentro de una hora.

Acababa de llegar Tom Hancock, seguido de Ken Haslam. Esos días rara vez se los veía separados, pues, por extraño que pareciese, eran compañeros de equipo en la ridícula regata que iba a celebrarse.

Tom era el triunfo de Elizabeth. Su esperanza. Y no sólo porque fuese el pastor de la vecina iglesia presbiteriana de San Andrés.

Era joven y nuevo en la comunidad, pues se había mudado a la ciudad de Quebec tres años antes. Tenía treinta y tres, la mitad que el siguiente miembro más joven de la junta. Todavía no era escéptico ni estaba cansado de la vida. Seguía convencido de que su iglesia iba a conseguir nuevos parroquianos, de que la comunidad inglesa empezaría de pronto a producir bebés con el deseo de quedarse en la ciudad. Cuando el gobierno quebequés prometía igualdad laboral para los angloparlantes, él lo creía. Sanidad en su idioma. Educación. Y hogares para la tercera edad en los que, cuando se hubiera perdido toda esperanza, los mayores pudieran morir escuchando a sus cuidadores hablar su lengua materna.

Había conseguido hacer creer a la junta que tal vez no estuviera todo perdido. Que quizá aquello no fuese en realidad una guerra. Que no era una espantosa continuación de la batalla de las Llanuras de Abraham, en la que los ingleses esta vez perdían. Elizabeth alzó la mirada hacia la ta-

lla del general James Wolfe, curiosamente pequeña. El héroe mártir de aquella batalla de hacía doscientos cincuenta años dominaba la biblioteca de la Sociedad Literaria e Histórica como una acusación de madera. Estaba allí para ser testigo de sus nimias trifulcas y para recordarles a perpetuidad la gran batalla que él había librado por ellos. Le costó la vida, pero no antes de triunfar en aquel campo bañado de sangre. Con su victoria terminó la guerra y consiguió Quebec para los ingleses. Sobre el papel.

Y ahora, en su rincón de la agradable y vieja biblioteca, el general Wolfe los miraba desde las alturas. Elizabeth sospechaba que no sólo físicas, sino morales.

—Cuéntame, Ken —dijo Tom al sentarse junto a su anciano compañero—, ¿estás en forma? ¿Listo para la carrera?

Elizabeth no oyó la respuesta de Ken Haslam, pero tampoco contaba con ello. Los labios de Ken se movían, formaban palabras, pero éstas nunca se oían.

Todos callaron, por si aquél era el día en que Ken pronunciaba una palabra más alta que un susurro. Pero se equivocaron. Aun así, Tom Hancock siguió hablándole, como si realmente estuvieran manteniendo una conversación.

También por eso Elizabeth le tenía estima: por no dejarse llevar por la idea de que como a Ken no se lo oía, era idiota. Ella sabía que era cualquier cosa menos eso, y, a sus sesenta y pico años, le iba mejor que al resto, pues había montado su propio negocio. Y con esa meta ya cumplida, Ken Haslam había hecho otra cosa extraordinaria.

Se había apuntado a la traidora regata de canoas en el hielo. En el equipo de Tom Hancock. El miembro más longevo de su cuadrilla y de cualquier otra. Debía de ser el regatista más viejo de la historia.

Contemplando a Ken, tranquilo y callado, y a Tom, joven, vital y apuesto, Elizabeth pensó que tal vez en realidad se entendiesen bastante bien. Quizá ambos se callasen algunas cosas.

No era la primera vez que la mujer se paraba a pensar en Tom Hancock. En por qué había elegido ser pastor de